



*Asesorías y Tutorías para la Investigación Científica en la Educación Puig-Salabarría S.C.
José María Pino Suárez 400-2 esq a Lerdo de Tejada, Toluca, Estado de México. 7223898475*

RFC: ATI120618V12

Revista Dilemas Contemporáneos: Educación, Política y Valores.

<http://www.dilemascontemporaneoseduccionpoliticaayvalores.com/>

Año: X Número:1 Artículo no.:95 Período: 1ro de septiembre al 31 de diciembre del 2022.

TÍTULO: La invasión de Rusia a Ucrania y la reestructuración geopolítica estratégica global.

AUTORES:

1. Máster. Salomón Alejandro Montecé Giler.
2. Est. Luís Alfredo Montecé Giler.
3. Máster. Natividad de Lourdes Alcívar López.

RESUMEN: Es importante hacer una lectura histórica y económica de la guerra que Rusia empezó contra Ucrania, y por ello, el objetivo de esta investigación fue, fundamentalmente, historiográfico, ya que allí se encuentran las claves de una relación de interdependencia. Para esto se ha hecho una amplia indagación bibliográfica y de información general, pues el tema ha sido de interés del periodismo de investigación. Entre las conclusiones a las que se llega está que Rusia considera a Occidente un peligro para su seguridad nacional, el que puede llegar a través de la nación invadida.

PALABRAS CLAVES: cabalidad, historiográfico, interdependencia, seguridad nacional.

TITLE: Russia's invasion of Ukraine and global strategic geopolitical restructuring.

AUTHORS:

1. Master. Salomón Alejandro Montecé Giler.
2. Stud. Luis Alfredo Montecé Giler.
3. Master. Natividad de Lourdes Alcívar López.

ABSTRACT: It is important to make a historical and economic reading of the war that Russia started against Ukraine, and for this reason, the objective of this research was, fundamentally, historiographical, since the keys to a relationship of interdependence are found there. For this, an extensive bibliographic and general information investigation has been made, since the subject has been of interest to investigative journalism. Among the conclusions reached is that Russia considers the West a danger to its national security, which can come through the invaded nation.

KEY WORDS: thoroughness, historiographic, interdependence, national security.

INTRODUCCIÓN.

Este trabajo de investigación tiene por objeto establecer las causas de la invasión rusa a Ucrania y los orígenes de una mala relación entre dos vecinos que comparte un origen y un pasado común. De este modo, la pregunta que se plantea es: ¿a qué se debe la mala relación entre Rusia y Ucrania? Muchas de las repúblicas exsoviéticas han conseguido establecer relaciones de amistad y cooperación con el gigante ruso a pesar de su dominación en el pasado, lo que no ocurre con Ucrania.

Sin duda, la actual invasión rusa a Ucrania no constituye una sorpresa para nadie que conozca mínimamente la historia de estos países vecinos, pues comparten el mismo origen en la fundación Rus de Kiev allá en la exacta mitad de la Edad Media, cuando los vikingos crearon una confederación de tribus en el territorio ucraniano, la que se extendió desde el mar Negro hasta la actual Finlandia.

Este artículo indaga en las razones históricas que han llevado a Rusia a invadir Ucrania; esta es la segunda ocasión, la primera vez fue en el año 2014; por ello, el objetivo de este estudio es entender cuáles son los argumentos que esgrime el imperio ruso para -primero- haberse anexionado Crimea y ahora oponerse a la integración de su vecina Ucrania en la Organización del

Tratado del Atlántico Norte. Asimismo, se teme que en esta época de globalización e interdependencia, unas escaramuzas fronterizas puedan derivar en una guerra planetaria, y de ahí que se considere este un tema relevante, y más aún, fundamental y de completa actualidad (Leyva et al, 2021).

En 1954, en el contexto de la Unión soviética, el sucesor de Stalin, Nikita Jrushchov, firma la cesión de la península de Crimea a Ucrania. No son pocos los estudiosos que han sugerido que era a modo de compensación por el Holodomor, el holocausto por hambre que provocó Stalin como castigo a la oposición de los granjeros a la colectivización de la producción agrícola. Ese episodio, de tan terrorífica recordación, aún causa rencor hacia Rusia en una parte de la población ucraniana.

Crimea es uno de los símbolos navales rusos, ya que fue el enclave utilizado para vencer al imperio Otomano en el siglo XVIII. Con la desintegración de la URSS en 1991 y la constitución de Ucrania en una república de corte democrático y cercana a Occidente, convierte la cesión de esta región en un problema militar y geoestratégico, además de un conflicto jurídico, pues el Presidente del Soviet que firmó la transferencia no contemplaba siquiera la posibilidad de que la Unión Soviética como organización estatal dejara de existir, pero ocurrió, y el territorio de la península quedó en un país distinto.

Rusia ha reclamado la revolución de Crimea a su vecina Ucrania, a lo que esta se niega tajantemente, y de ahí que en el año 2014 se la anexionara por la fuerza. Aunque parezca una cuestión unilateral rusa, son varias las cuestiones que hay que tomar en cuenta para realizar un análisis objetivo, entre estos que la Federación Rusa considera a Crimea una parte de su territorio, y la cesión una acción ilegítima que solo puede entenderse en el contexto de la extinta URSS, igualmente, estima que Ucrania es la puerta de entrada a su propio territorio; por ello, se opone ferozmente a que este pase a formar parte de la OTAN. Adicionalmente, Ucrania ha sido territorio

histórico de Rusia, la mayor parte de su tiempo desde que el imperio ruso existe, de ahí que el análisis se torna histórico y geográfico, además de ideológico.

Para hacer esta indagación se ha definido una metodología histórica, con el recurso a los métodos cronológico y geográfico. Los recursos son todos de índole bibliográfica, procedentes de muy diversas fuentes en formato físico y electrónico. La sola posibilidad de una Tercera Guerra Mundial es desde todo punto de vista espeluznante para todo el planeta; por ello, es de vital importancia comprender qué está pasando entre estas naciones, ya que algunos autores señalan que las potencias hegemónicas están empeñadas en hacer un reordenamiento estratégico mundial para afianzar su capacidad de influencia, y para ello, Ucrania parece jugar un papel crucial en ambos lados del polo.

DESARROLLO.

Los antecedentes históricos de una vinculación inevitable y de larga data.

Igual que la evolución del ser humano responde a un proceso dilatado en el tiempo y no exento de crueldad, durante el cual unas especies se impusieron a otras y lograron permanecer mediante una ardua y permanente lucha por la supervivencia, la creación de los Estados nacionales ha sido un largo y no menos difícil camino que ha llevado a las diferentes tribus o grupos humanos en los que se organizó el homo sapiens para perpetuarse a establecer unas delimitaciones territoriales que han terminado por denominar naciones (países).

La construcción de Europa, el continente que hoy por hoy significa el triunfo y el progreso de la especie, es posible gracias a un proceso tan prolongado como accidentado, lleno de guerras y de múltiples formas de violencia, donde cada grupo étnico se asentaba en un territorio y lo declaraba suyo para habitarlo y prosperar en él, pero eso muy a menudo era entorpecido por otras agrupaciones de personas, que intentaban instalarse allí echando a los que ya estaban.

Las grandes civilizaciones, como la griega y la romana se impusieron por la fuerza, guerrearon para imponer su forma de vida, y por ello, han pasado a la historia. Puede, pues afirmarse sin miedo a exagerar, que la historia del mundo es también una infinita lista de conflictos bélicos de mayor o menor duración.

El alcance temporal de la vinculación de Rusia y Ucrania es realmente antiguo y contiene diversos elementos como idioma, religión, parentescos familiares, regiones en disputa, dependencia económica de una parte e intereses estratégicos de la otra, etc., y es que en su origen pertenecieron a los mismos grupos étnicos que se asentaron en esas frías tierras para fundar un estado en el que vivir y prosperar. Ambos países se originan en la fundación de la Rus de Kiev en la Edad Media, cuando una confederación de tribus eslavas se estableció en el actual territorio ucraniano y adoptó esa denominación.

Existe una pugna entre los historiadores de ambos países por ese origen en alguna medida común, pero no del todo, puesto que: “Al contrario de lo que se suele pensar, no sería del todo correcto identificar a la Rus de Kiev con la Rusia actual. Historiadores zaristas y soviéticos plantearon un pasado común para las diferentes culturas eslavas, negando las diferencias entre ellas. En respuesta, autores ucranianos y bielorrusos han defendido a ultranza la separación de los pueblos eslavos con respecto a Rusia, al menos en los orígenes de su historia. Lo cierto es que desde la época soviética ha existido una dura pugna historiográfica entre Rusia y Ucrania por apropiarse de la Rus de Kiev como semilla de sus estados modernos” (Brzozowska, 2019).

La Rus de Kiev se debió a la inmigración de los vikingos, aunque no se sabe exactamente cuándo llegaron a la región del Lago Ládoga, sí se conoce que desde el siglo VII ya había presencia de escandinavos en esa zona, específicamente en una ciudad que quedaba a orillas del río Vóljov, Staraja Ládoga. La fundación de esta confederación se atribuye a un rey sueco de legendaria figura Ivar Vidfadmne (c. 650-700), “quien habría extendido sus dominios desde Suecia a

Dinamarca, Germania, parte de Curlandia (actual Letonia) e incluso Northumbria” (Brzozowska, 2019). No se han encontrado evidencias arqueológicas que sustenten la existencia de este rey, más de que estuvo habitada por escandinavos desde el siglo XX sí se han hallado numerosos vestigios arqueológicos.

Después la confederación extendió sus dominios, llegando desde el mar Caspio hasta el territorio ocupado hoy por Finlandia (Faraldo, 2022). “Prosperó controlando las rutas comerciales hacia Constantinopla, la actual Estambul, y entonces capital del poderoso Imperio Bizantino” (La Agencia de la Organización de las Naciones Unidas para los Refugiados, 2018). Acordó con la capital de este imperio un tratado comercial en igualdad de condiciones y adoptó su religión, el cristianismo ortodoxo, confesión mayoritaria aún en estos tiempos en ambas naciones. “El pasado de Ucrania puede ser comprendido con base en la historia de varios imperios europeos, incluido el Otomano. Dentro de las conquistas del Imperio Otomano se encontraba el Kanato de Crimea, cuyo territorio era ocupado por una mayoría tártara. Este territorio perteneció a los otomanos hasta el año 1774, posteriormente se efectuó la anexión de Crimea al Imperio Ruso en 1783, durante el gobierno de la emperatriz Catalina la Grande” (Sánchez, 2016).

En el siglo XVIII, Rusia se convirtió en un imperio, el cual ocupó como potencia extranjera la mayor parte del territorio de varios países, entre ellos Ucrania, y no pacíficamente, impuso su cultura y su lengua, por lo que el idioma ucraniano pasó a ser considerado una lengua vernácula, algo de menor categoría que solo hablaban los campesinos más incultos: “La cultura y el idioma ucraniano fueron menospreciados y perseguidos durante muchos años. A la lengua ucraniana se la consideraba mero dialecto de la rusa, la cultura propia se veía como campesina, pobre, poco sofisticada” (Faraldo, 2022). Pese a la persecución y a lo adverso de la coyuntura, las élites ucranianas siempre pelearon por su propia identidad dentro del Imperio ruso, aunque la

imposición del ruso como lengua oficial y el mestizaje entre ucranianos y rusos hizo aquella intención muy difícil.



Mapa de la zona de 1574.

No solo Rusia se apropió del territorio y las gentes de Ucrania, en el pasado esta nación formó parte tanto de Polonia como de Lituania, aunque los polacos lo dominaron de manera más duradera y rigurosa, pues le obligaron al vasallaje, lo que deterioró las condiciones de vida de los ucranianos y les desrusificó; es decir, les impidió usar el ruso para comunicarse.

Ya en tiempos modernos perteneció durante extensos periodos al imperio ruso, del que se independizó por unos pocos años después de la Revolución bolchevique de 1917, pues en 1920 se

convierte en parte de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), y pasa a ser parte de ese experimento que se demostró terrible, el socialismo: “En 1941, durante la Segunda Guerra Mundial, fue ocupada por Alemania, hasta que la Rusia soviética recuperó el control del país en 1944 y expandió sus fronteras para incluir el territorio tomado de Rumania, Polonia y Checoslovaquia (hoy República Checa)” (Gómez, 2022). Es preciso recordar, que Alemania invadió gran parte de Europa por aquellos años, pero duró poco su aventura expansionista, al perder la guerra en 1945.

La URSS fue, hasta ahora, el más duradero experimento socioeconómico, el cual involucró a muchos países vecinos que fueron anexionados mediante la fuerza cuando fue preciso; el mismo que trascurrió entre 1917 y 1991, y sobre cuyo final aún no se ponen de acuerdo los historiadores y los economistas, pues la economía jugó un rol decisivo en su desintegración, ya que el hambre y la escasez fueron fantasmas que les acecharon frecuentemente.

Sin ánimo de examinar estos hechos, pues no nos compete hacerlo aquí y ahora, por lo demás tan importantes y no menos interesantes, es preciso indicar que hacia finales de la década de los ochenta del siglo XX, bajo el mandato de Gorbachov, se impulsó la transparencia (*glasnost*) y la reforma aperturista (*perestroika*) como una forma de corregir los problemas que los férreos métodos de gobierno socialista habían causado a la economía y al tejido social: “Las nuevas medidas económicas y la inseguridad en el futuro que generaban provocaron el caos en el sistema productivo. El Producto Nacional Bruto, que había crecido en los años 80 entre el 4,3% y 2%, pasó en 1990 a ser negativo (-2,5%); la exportación de petróleo cayó de 200 mill. de t en 1980 a 150 millones en 1990 y a 90 en 1991. La Perestroika estaba provocando una perturbación general de la economía, cuyos efectos inmediatos fueron la caída alarmante de la producción y la desorganización de los circuitos comerciales. Al fuerte deterioro de la calidad de vida se unió también el colapso de los servicios públicos” (Sánchez, 1996).

Este escenario de crisis fue aprovechado por políticos secesionistas, reformistas y ambiciosos como Boris Yeltsin, que se empeñaron en desintegrar la URSS y dar paso a una nueva Rusia que sería democrática, y obligaron al líder ruso a dimitir, pese a que Gorbachov, en su plan de reestructuración, ya había acordado aprobar un nuevo tratado con las naciones que se habían anexionado los rusos; este se firmaría el 20 de agosto de 1991, pero un día antes se produjo un golpe de Estado promovido por el aparato del partido, lo que aceleró la desintegración de la Unión Soviética, que dejaba de existir el 25 de diciembre de 1991 mediante la renuncia del presidente, que algunos cuestionan como obligada por los turbios manejos de una camarilla comandada por Yeltsin.

La URSS fue sustituida por la Unión de Estados Independientes, de corta duración conformada por quince países, algunos de los cuales iniciaban en esa fecha una vida como Estado independiente, no era el caso de Ucrania, que ya lo había sido. De este modo, Ucrania es una nación inextricablemente unida a Rusia, y no solo por haber sido parte de la Unión Soviética, que también, sobre todo y sin duda por esa vecindad que ha creado una nación tremendamente mestiza, en la que todos los ucranianos tienen por lo menos un pariente ruso y la identidad nacional se ha construido con elementos de ambos lados de la frontera.

Debido a su historia conjunta, desde hace siglos coexisten en esa nación dos identidades nacionales; la occidentalizada y la rusófila. A modo de resumen de lo expuesto puede decirse, que el origen de Ucrania y Rusia es el mismo, el del Estado Esloavo Rus de Kiev, que llevaron a cabo los vikingos según algunas fuentes históricas, pero que tomaron caminos separados tiempo después. Hay que tener en cuenta que la geopolítica ha sido siempre muy dinámica en todas partes. La reclamación rusa de la región de Crimea, por ejemplo, tiene su asidero en que alguna vez les perteneció, allá por la alta Edad Media, y pese a que hoy se la anexionó, no se debe

descartar que en algún momento en el futuro esta península no reclame su independencia y se convierta en un Estado soberano.

Actualmente, Ucrania es un país de Europa del Este que tiene una superficie de 603 550 km²; esto es, más del doble que Ecuador -252,000 km² (Varela & Ro, 2020)- y un poco más que España -con 505 904 km²- (Fernández, 2022). Comparte frontera con siete naciones: por el norte y el este con Rusia, con Bielorrusia por el norte, al oeste con Polonia y Eslovaquia, por el suroeste con Rumania, Hungría y Moldavia, y por el sur están el mar Negro y el de Azov. Su población ascendía hasta el año 2019 a casi cuarenta y dos millones, de los cuales tres habitaban en la capital, Kiev. Cuenta con otras ciudades importantes como Donetsk y Dnipro (con cerca de un millón de habitantes), Kharkiv (aproximadamente un millón y medio), Odesa (que sobrepasa el millón) y Zaporizhya (con más de setecientos mil habitantes), entre otras. La religión mayoritaria es la cristiana ortodoxa, igual que en Rusia, con minorías importantes de otros credos y con una división interna que hace que una parte de la población rinda culto al patriarca de Kiev y otra al de Moscú (Oficina de Información Diplomática, 2021). Una situación compleja que es fiel reflejo de la dicotomía de la nacionalidad ucraniana.

Los vínculos históricos de ucranianos y rusos son múltiples y diversos, como se ha relatado sucintamente en los párrafos anteriores, pero muchos de ellos de terrible recordación, y es así que uno de los ejemplos de más recientes se encuentra el episodio conocido como el Holodomor, que en ucraniano significa muerte por hambre, literalmente, ocurrido en el invierno de 1932-1933. Fue un genocidio ordenado por Stalin en el contexto de la colectivización de la economía soviética, a la que los campesinos de Ucrania se habían opuesto tan tenazmente, motivo por el cual el gobernante les castigó de la manera más despiadada que encontró, con un genocidio.

El contexto de esa inhumana decisión se halla en la planificación de la economía rusa, que se hacía en planes quinquenales. Allí se establecía que la producción de todos los productos se

manejaba de manera centralizada, y para cumplirlo, todos aquellos que llevaban a cabo alguna actividad productiva debían entregar la administración a los funcionarios encargados, pero los kurkuly, granjeros ucranianos, no estaban de acuerdo y se atrevieron a manifestarlo públicamente, lo que les acarreó terribles consecuencias: “Los agricultores propietarios que oponían mayor resistencia fueron fusilados o deportados en masa a campos de trabajo en Siberia. Otros, enfrentaban la confiscación de sus bienes (incluyendo sus hogares y posesiones privadas). No se les permitía trabajar en los koljós, por lo que se les privaba de todo sustento” (Fraga, 2013). El koljós (koljoz) era la explotación agrícola de carácter corporativo creada por los soviéticos.

Stalin ordenó reprimir a los ucranianos rebeldes quitándoles los productos agrícolas que cultivaban y prohibiéndoles conseguir alimento en otro lugar. Los obligó a morir de hambre, pero de la forma más cruel que pudo encontrar: “Los niños morían de hambre. Y los padres, muy próximos también a la muerte por inanición, cocinaban los cadáveres de sus hijos y se los comían. La debilidad los sumía en un profundo embotamiento. Luego, cuando se daban cuenta de lo que habían hecho, enloquecían” (Sánchez, 2021). Es el relato hecho por una prisionera ucraniana sobre las descripciones de ucranianos que eran confinados en el mismo presidio (una isla), recogido por una periodista. La hambruna rompió uno de los tabúes más importantes de la condición humana, el canibalismo, pues los casos fueron innumerables. Los traumas que el pueblo ucraniano sufrió por ello tardaron en curarse mucho más que la vida de los supervivientes, que en silencio y en secreto relataban los suplicios vividos.

Aquella tragedia ocurría en medio de la polarización del mundo, con dos ideologías de gobernanza en disputa y la reclusión de la Unión Soviética en sus fronteras internas; esto es, en la ocultación al resto del planeta de todo lo que allí ocurría. Stalin se encargaba de mostrar al mundo un relato complaciente del devenir ruso, uno que no tenía casi nada que ver con la realidad, y aunque no se hablaba como hoy de derechos humanos, esos hechos habrían horrorizado si se hubiesen

conocido, pero el líder prohibió la sola mención del Holodomor. Era el totalitarismo de un gobernante sádico que se sabía impune y omnipotente, tanto que ordenó a los soviéticos, ucranianos incluidos, aludir siquiera a aquel crimen perpetrado en contra de un pueblo, que según algunos autores, mató aproximadamente a siete millones de personas. Los cálculos más modestos hablan de dos millones.

Rusia nunca ha aceptado que aquello ocurrió, lo que dificultó en grado sumo el reconocimiento y la memoria del genocidio, que ha sido investigado arduamente en las décadas anteriores por periodistas occidentales más que por historiadores. “Las autoridades soviéticas ocultaron la hambruna. Los diplomáticos occidentales miraban para otro lado, y salvo excepciones, la prensa extranjera contribuyó a minimizar lo sucedido para no perder sus privilegios. Walter Duranty, corresponsal del *New York Times*, escribió: «Se puede objetar a la vivisección de animales su carácter triste y horrible, y es verdad que la suerte de los *kulaks* y otros opositores al experimento soviético no ha sido afortunada. Pero en ambos casos, el sufrimiento ha sido infligido con un noble propósito»” (Sánchez, 2021).

No cabe duda de que una parte del establishment intelectual de ese Occidente tan -presuntamente-civilizado romantizó el comunismo ruso, igual que Latinoamérica hizo con los acontecimientos de la Sierra Maestra en Cuba. Nadie quiso ver lo que ocurría; esa minoría privilegiada por el líder, que pudo haber alzado la voz, disfrutaba del caviar y las ostras rusas y lo justificaba todo. Dicen que no hay peor ciego que el que no quiere ver, y a su muerte, sus sucesores tampoco quisieron hablar de ello ni reconocer el genocidio.

La relación histórica de Ucrania con Rusia que se acaba de analizar ha permitido comprender, en principio, dos cosas: que Ucrania ha sido un peón en un baile de imperios, y que Rusia es uno de ellos desde hace como un milenio. También se entiende que la vinculación de ambos países ha sido hecha de manera desigual, con desventaja para una Ucrania más pequeña y pobre, sobre la

que ha pesado la dominación de varios países vecinos, lo que ha dificultado en gran manera su constitución como una nación independiente.

La pertenencia de Ucrania a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas liderada por una Rusia que acababa de dejar atrás al zarismo, le dejó una profunda huella psicológica, el Holodomor, pero también le concedió un inusitado regalo Crimea, una península de propiedad rusa traspasada irregularmente por Nikita Jrushchov en 1954. De esto trataremos extensamente en la sección siguiente, ya que es uno de los puntos conflictivos de la relación ruso-ucraniana.

La situación geoestratégica de Ucrania y el primer conflicto serio con Rusia en el siglo XXI.

Cuando Ucrania se independizó de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, todos los países occidentales se apresuraron a reconocer al nuevo país y a todos y cada uno de los que se desprendían de aquel experimento marxista tan denostado por propios y extraños; se esperaba que todos ellos se convirtieran en estados independientes más o menos democráticos, pero aquí, antes de continuar, es preciso a efectos de contextualizar la situación moderna de este país con su gigantesco vecino, hacer una mención acerca del estatus que tenían tanto Ucrania como Bielorrusia mientras formaron parte del conglomerado denominado Unión soviética, ya que estas dos naciones disfrutaban de cierta autonomía e independencia; eran en la praxis estados de soberanía limitada, a los que el aparato del partido comunista les permitían mantener relaciones directas con otros estados, con los que firmaban acuerdos, intercambiaban representantes consulares, y lo más importante, tenían sus propias fuerzas militares; no obstante, la subordinación política y económica a la URSS era completa, pero la URSS se disolvió y la independencia fue una imposición de la coyuntura histórica, que el país aprovechó para emprender su propio camino, una antigua aspiración tantas veces truncada.

Aunque desde la desintegración de la URSS y durante algún tiempo pareció que Rusia no intervendría en los asuntos de la vecina Ucrania, aquello pronto cambió, y es que el lugar

geoestratégico que ocupa este país hace indispensable para la megalomanía rusa su control, por lo cual el primer conflicto que le plantea el gigante ruso a su vecino del norte es la anexión de la península de Crimea, que muchos autores explican en torno al comportamiento del gobernante ruso: “Desde la crisis con Georgia en el 2008, y quizá antes, con motivo de las guerras del gas, ha sido común el análisis de la geopolítica rusa como resultado de la personalidad de su líder, Vladimir Putin. La propensión de Putin a violar el derecho internacional también es frecuentemente invocada por los analistas occidentales; por ejemplo, Michael Crowley y Simon Shuster consideran que Putin de forma unilateral ha reafirmado el derecho ruso de proteger a sus conciudadanos fuera de la Federación Rusa, lo cual es una afrenta al orden de la post Guerra Fría. Strobe Talbott, presidente de la Brookings Institution, argumenta que Putin ha hecho del chauvinismo y del irredentismo la base de la política rusa” (Añorve, 2016). Asimismo, también hay quienes, como un ex primer ministro ucraniano, consideran que la pretensión del líder ruso es la de restaurar la extinta URSS, pero otros expertos (Crowley y Shuster) señalan que el motivo es el malestar que ha producido en este gobernante la expansión de la OTAN.

Es preciso hacer un inciso aquí para señalar que la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) es una alianza intergubernamental de índole militar ideada y posicionada en el contexto del final de la Segunda Guerra Mundial (en 1949), en el Tratado de Washington, diseñada inicialmente para la defensa de los estados miembros: “Hacia el final de la Guerra Fría en 1989, esa misión parecía estar cumplida y se esperaba su disolución; sin embargo, los miembros de la OTAN mantuvieron la alianza occidental, y eso justificó la búsqueda de un nuevo papel para la OTAN” (Gutiérrez, 2010).

Se tardaron una década en definir un nuevo concepto estratégico de seguridad occidental, así se modificó una institución militar defensiva para convertirla en una alianza protectora de las fuentes energéticas de los países que la conforman, además de las fronteras, evidentemente; por ello, es

que otro autor, García Arnaiz dice de la OTAN es una “organización política dedicada a la seguridad, dotada de una capacidad ejecutiva militar y en la que las decisiones se toman por consenso entre todas las naciones que la componen” (García, 2017). El consenso implica en el contexto bélico unanimidad, pues basta con que un solo país, del tamaño y relevancia geopolítica que sea, se oponga, para que la intervención planteada se anule.

En la actualidad, es innegable, aún para los expertos anti-OTAN, que el terrorismo representa hoy por hoy el mayor desafío a la seguridad global, porque ataca civiles inocentes en exactamente cualquier parte y con el mayor daño, así como por la facilidad que tienen los empresarios de la yihad para conseguir que jóvenes ingenuos se suiciden matando a tantos ciudadanos occidentales desprevenidos y sin culpas. Por otro lado, un aspecto que resulta relevante también es su apertura al ingreso de nuevos miembros, que Rusia asume como en su contra por razones que se señalan más adelante.

En esta última cuestión, en el ingreso de nuevos miembros reside una de las explicaciones al militarismo y expansionismo ruso, pues la OTAN incluyó en 1999 a Polonia, Hungría y a la República Checa, en el 2004 se adhirieron tres bálticos más Rumanía, Bulgaria, Eslovenia y Eslovaquia, lo que molestó a Putin, que señaló en la cámara alta rusa, la Duma: “La OTAN sigue siendo una alianza militar y nosotros estamos en contra de tener una alianza militar sintiéndose en casa justo en nuestro patio trasero o en nuestro territorio histórico” (Añorve, 2016). Lo dice muy claro, su territorio histórico, porque eso es lo que la élite rusa y los políticos consideran que es Ucrania, y en ese sentido, la historia les da la razón, la independencia moderna de ese país data de escasas tres décadas. Igualmente, el mismo autor subraya que los editores del diario The Nation han advertido que en la alteración de las fronteras rusas subyace un descontento por los arreglos del final de la Guerra Fría, que ellos ven más como Versalles que como Bretton Woods.

En ese punto, es interesante subrayar el paralelismo entre el resentimiento de Putin por lo que considera un trato injusto y la capitalización de ese mismo resentimiento que hiciera Hitler, precisamente respecto al Tratado de Versalles que señala el autor, el cual infligió severas sanciones económicas a los alemanes tras perder la Primera Guerra Mundial. Al parecer, Putin estima que el mundo fue injusto con unos acontecimientos que ocurrieron dentro de sus fronteras, pues por algo en esa época y a ese espacio geográfico se le llamó la cortina de hierro.

Mearsheimer (2014), por su parte, considera que esta reconfiguración genera alarma en Putin, debido -también- a la equivocada decisión de los Estados Unidos de extender la OTAN hacia el Este, así como a las demás acciones que tienen como objeto aislar a Rusia del concierto internacional. El autor defiende la tesis -igual que otros expertos- de que en esta expansión se halla la mayor responsabilidad en la anexión de Crimea por parte de Rusia, ya que es legítima su desconfianza cuando Occidente maniobra en su patio trasero, por lo que invadir (en el año 2014) Ucrania y anexionarse Crimea era un paso lógico en este juego de estrategias geopolíticas y militares.

Ahora, y aunque la Guerra Fría terminó oficialmente con la caída del muro de Berlín y la desintegración de la URSS, es evidente que los países más poderosos del mundo siguen compitiendo entre ellos por ser los que más influencia tienen en todo el orbe, pero los contendientes han aumentado, a los dos enemigos naturales que son Rusia y Estados Unidos se suma China por derecho propio, el gigante asiático que tiene las manos metidas en todas las economías subdesarrolladas, y no son manos muy limpias precisamente.

Otra de las razones que hacen a Ucrania estratégica es la posesión de la península de Crimea, pues una de sus ciudades, la de Sebastopol, es nada menos que la sede de la flota naval rusa en el mar Negro. “Su importancia estratégica se comprende, ya que es por esa vía que los barcos de guerra rusos se dirigen al mar Mediterráneo” (Cue, 2014).

En la desintegración de la URSS, Rusia perdió su base naval, lo que no ha conseguido superar, y esto pese a que después de la Segunda Guerra Mundial el mundo entero se sensibilizó respecto al sufrimiento y el horror generalizado de las contiendas bélicas; ninguna nación puede garantizar que no tendrá que defenderse (o atacar) en algún momento en el futuro. Esto es, que la guerra como posibilidad no ha sido exorcizada, porque las naciones se han construido guerreando a lo largo de toda la historia conocida, y nadie puede asegurar que la existencia de la Organización de las Naciones Unidas y las teorizaciones sobre derechos humanos vayan a cambiar eso. Así, Rusia, que vivió décadas de crisis poscomunista y una Guerra Fría que tuvo un alto costo para toda su población, desde inicios del siglo XXI ha empezado a recuperar el protagonismo en el escenario internacional, lo que en su lenguaje implica fuerza, capacidad armamentística y de combate, así como capacidad de influencia (o injerencia) sobre otros estados, particularmente los cercanos.

En ese sentido, la península de Crimea constituye un escollo para la seguridad nacional en el imaginario de los gobernantes rusos, además de una espinita clavada en la profundidad del alma rusa, ya que su cesión a Ucrania fue, a todas luces, una acción ilegítima de unos gobernantes absolutos... más o menos como Putin ahora, por lo demás.

Es oportuno, en este punto, llamar la atención respecto a que la reclamación rusa de Crimea se basa en una posesión histórica y en un antecedente moderno bastante comprensible, pero vayamos al primer asunto, el del pasado, cuando la península de Crimea era la base naval del Imperio ruso en su guerra contra el Imperio otomano, que se saldó con victoria rusa. En el segundo, Crimea pasa a propiedad ucraniana en 1954, cuando al morir Stalin le sucede Nikita Jrushchov, quien decide ceder el territorio estratégico de Crimea a la República Socialista Soviética de Ucrania; es decir, a una parte de la misma URSS que los rusos gobernaban: “La dirigencia soviética jamás imaginó que exactamente sesenta años después de haber adoptado esta decisión se desataría un conflicto de tal magnitud entre Rusia y Ucrania por ese enclave estratégico, que también guarda

un valioso legado histórico producto de la victoria soviética sobre el fascismo en el año 1945” (Sánchez, 2016).

La cesión fue una acción controvertida, y según el derecho, ilegítima, en vista de que el Presidente del Soviet no contaba entre sus facultades con la de cesión de territorios. Es menester recordar, que en derecho público todo es una cuestión de jurisdicción y competencia. Los gobernantes actuaron en contra de la Constitución, lo que demostraba el inconmensurable poder de quien regia los destinos de la URSS, pero era un poder totalitario, y como se vio después, temporal.

El tema no queda ahí, pues ya en la presidencia de Gorbachov este puso sobre la mesa la posibilidad de que los pueblos y naciones que conformaban la Unión Soviética decidieran su destino; es decir, que eligieran si se quedaban o se escindían. Aquello marcó el inicio del fin del marxismo soviético pues se desintegró la URSS; sin embargo, Crimea no era de la opinión mayoritaria, ya que al referéndum de 1991, en el que se preguntaba sobre ello, se pronunció con un abrumador 93.26% “a favor de la reconstrucción de la República Socialista Soviética Autónoma de Crimea como sujeto de la URSS y miembro del Tratado de la Unión. Esta consulta popular demostró la inconformidad de los ciudadanos con el traspaso de su territorio a Ucrania en 1954 y con la abolición en 1945 de la República Autónoma Socialista Soviética de Crimea y la creación en su lugar de la región de Crimea bajo jurisdicción ucraniana; no obstante, a finales de ese mismo año desaparecía la URSS como Estado y Ucrania y Rusia se convertían en dos países independientes, por lo que Crimea permanecería bajo el control de Ucrania” (Sánchez, 2016).

Pese a que la casi totalidad de sus ciudadanos de la península en disputa se había inclinado por Rusia, a que históricamente Crimea pertenece a Rusia y que la cesión fue una acción por demás ilegítima de un gobernante que abusó de su poder para llevar a cabo una acción incomprensible, Ucrania defiende su derecho sobre la península aduciendo simplemente la cesión de 1954, sin razón me parece, pues lo que hizo el Presidente del Soviet fue un tremendo despropósito que nadie

se ha podido explicar, se diría que una equivocación histórica que el derecho señala como ilegítima, por si fuera poco.

La transferencia de Crimea a Ucrania en el contexto de las repúblicas soviéticas fue un hecho incomprensible y explicado (que no justificado) por el omnímodo poder que ostentaba el hombre que gobernaba y los que conformaban el Politburó (en la URSS las mujeres eran de segunda, jamás una ejerció cargo de importancia). Al respecto sostiene Cue Mancera, que en 1954, cuando Jrushchov, a la sazón Secretario General del Partido Comunista de la URSS, decide modificar la Jrushchov del imperio, lo hace sin consultar a la población de Crimea, “ya que en la concepción del hombre soviético era lo mismo que los territorios transferidos pertenecieran a una o a otra región de la URSS.

En realidad, no se sabe si este obsequio de Jrushchov a Ucrania tuvo el propósito de obtener mayor apoyo de esa población para sus políticas, o bien fue una medida que pretendía compensar a los ucranios por las calamidades que habían padecido en el pasado” (Cue, 2014), y aquí pudo haber planeado por la cabeza del gobernante el fantasma del Holodomor más que otros episodios del pasado, pues nunca antes los rusos habían sido tan inauditamente crueles con nadie hasta que Stalin decidió matar de hambre a todo un país por no estar de acuerdo y mostrarse entusiasta con sus ideas. Era menos cruento pasarlos por la espada, o ya en nuestro tiempo, bombardearlos, pero la muerte por hambre es un suplicio intenso y lento, muy lento, ideal para el perfil de criminal de guerra de Stalin. Además, es lógico suponer que el presidente ruso ni siquiera consideraba que la URSS dejaría de existir en un plazo relativamente breve, de menos de cuatro décadas.

Ya en 1992, a un año de disuelta la célebre URSS, la Federación Rusa reclama su antigua posesión, pero el gobierno de Leonid Kravchuk se opone y otorga a Crimea el estatus de república autónoma, que no independiente. “En 1997 se firma un acuerdo para que Rusia conservase la base naval de Sebastopol y otras instalaciones militares de Crimea por un plazo de veinte años. En el

2010, con la llegada de Víctor Yanukovich, se firma un acuerdo con Rusia para extender hasta el año 2042 la permanencia en Crimea de la Flota Rusa del Mar Negro, a cambio de la rebaja en un 30% del precio del gas para Ucrania” (Sánchez, 2016), pero Rusia quedó siempre inconforme con estos arreglos, pues siempre ha considerado a la península de Crimea una parte de su territorio.

Más allá de los intereses de una ultraderecha separatista y oportunista, es evidente que el gobierno de Kiev no puede argumentar ninguna razón histórica que avale su pretensión de extender su dominio sobre la península en disputa, ya que incluso su propia existencia como estado es una cuestión relativamente reciente y producto del fracaso de la experiencia socialista; hay que recordar que en la Rusia zarista ni se planteaba el separatismo, era solo una parte más de un imperio de otros tiempos que pervivía.

Actualmente, desde el enfoque geopolítico, puede afirmarse que “Ucrania forma parte de la zona de influencia de dos poderes antagónicos: Rusia y Occidente, entendido este último como los 28 estados miembros de la Unión Europea (UE) y Estados Unidos (EU)” (Villanueva, 2014). La importancia geoestratégica del país se explica no solamente por su localización, que es esencial, también en datos que lo ubican como el segundo país más grande de Europa, solo después de Rusia (17 100 000 km²); que es el más grande en que es rico en recursos naturales y sus campos son tan feraces que permiten el desarrollo de la agricultura, además de poseer una ingente riqueza energética en su subsuelo, aunque les caracteriza también la paradoja de una dependencia económica enorme de Rusia, que es casi absoluta en lo relativo al gas natural, que no produce en territorio nacional y cuya escasez podría colapsar su economía, y -por consiguiente- causar graves conflictos sociales en una nación donde hay una minoría importante que es rusófila. Según el mismo autor, Ucrania cuenta con una industria incipiente en bioquímica, acero y metales en general, así como con la industria naval y la armamentística, por lo que se coloca en el quincuagésimo lugar en el escalafón mundial, “con un producto interno bruto (PIB) cercano a los

200,000 millones de dólares y un PIB per cápita de unos 6,000 dólares al año. Su inflación y tasa de desempleo rondan 10%, lo cual se considera alto” (Villanueva, 2014).

De sus casi cuarenta y cinco millones de habitantes, 20% se consideran rusos y cerca del 12% de la totalidad ha emigrado a destinos mayoritariamente europeos debido a que no hay empleos suficientes ni bien pagados para tantos profesionales como gradúan sus universidades en su tierra natal. La emigración, como sabemos bien los latinoamericanos, significa para el país emisor un ingreso de divisas importante, que ayuda a las economías frágiles. En conclusión, Ucrania como país soberano le da miedo a Rusia, en principio por la posesión de Crimea, pero en un análisis más profundo por lo que Putin dijo a la Duma: la OTAN y sus maniobras en su patio trasero, pues ese es el nivel de su importancia geoestratégica.

El primer conflicto serio que le plantea Rusia a Ucrania tiene que ver precisamente con la península de Crimea. Pero antes de que Rusia se la autodevolviera, es importante auscultar los ánimos a ambos lados de la frontera por aquellos años. Un antecedente del conflicto del 2014 se encuentra en los acontecimientos acaecidos durante el 2013, cuando el presidente Víktor Yanukovich, un rusófilo, se negó a firmar el Pacto de Asociación con la Unión Europea, lo que desencadenó manifestaciones en Kiev (Plaza Maidán) en octubre de ese año. Huelga decir, que esas manifestaciones eran proeuropeas y antirrusas. Asimismo, ese acontecimiento fue el detonante para un enfrentamiento entre partidarios y detractores del acuerdo, llevando la tensión a la caída del gobierno y a una abrupta instauración de uno de facto, el cual nunca llegó a obtener la legitimación necesaria ni consiguió hacer avanzar el proceso de pacificación nacional: “Por el contrario, los representantes del nuevo gobierno interino encabezado por el primer ministro Oleksander Turchinov radicalizaron las posturas de condena contra el expresidente Yanukovich, así como las acusaciones a Rusia por apoyar los procesos secesionistas en el Este del país. Sin embargo, las violaciones a los derechos humanos de los ciudadanos que se opusieron al gobierno

interino de Kiev en los territorios del Este por parte del nuevo gobierno fueron acalladas en los medios de información nacionales” (Sánchez, 2016). Este gobierno de ultraderecha (neofascista sin complejos) nunca pretendió restablecer el orden en las regiones conflictivas, quería recuperar las ciudades que ya eran cuartel de las fuerzas separatistas, las cuales eran prorrusas y reclamaban separase de Ucrania o federalizar el país.

Aquel fue el inicio de un conflicto interno inédito hasta entonces. Ante estos hechos, desde octubre de 2013, Ucrania pasa a ser la prioridad de la política exterior rusa, que temía una escalada de la crisis hasta su territorio, reacción que no sorprendió ni a propios ni extraños, pues en los postulados de la política exterior de la potencia rusa de los años 1999, 2008 y 2013 y en la doctrina de la defensa, se contemplaban posibles inestabilidades en el vecino país que podrían suponer una amenaza a la seguridad nacional de Rusia. En definitiva, lo que pasa en Ucrania puede afectar a Rusia; por ello, se mantienen vigilantes de los acontecimientos ucranianos.

Algunos autores establecen al año de 2013 como el del inicio de un conflicto ruso-ucraniano que no ha sido desactivado aún, pero Pérez estima que el principio es incluso de un poco antes: “Si bien el año 2013 puede ser señalado como el inicio de las tensiones en Ucrania, que precedieron a un enfrentamiento armado con características difusas y complejas, que con altibajos permanece hasta la actualidad, los orígenes deben situarse temporalmente con anterioridad. El conflicto desatado en la República de Ucrania, que tuvo su escalada en la anexión de la península de Crimea por parte de la Federación de Rusia y en la autoproclamación de las repúblicas populares de Donetsk y Lugansk, se encuadra en el contexto de una fuerte lucha de poder e intereses entre las potencias hegemónicas del mundo contemporáneo” (Pérez, 2019). En este escenario, la ampliación de la OTAN hacia el Este de Europa, al lado mismo de Rusia, ha jugado un papel principal en esa escalada de las tensiones y los enfrentamientos.

Rativa Barbosa y Socha Forero indican que la independencia de Ucrania, realizada en el contexto de la desintegración de la URSS, tuvo consecuencias funestas en la economía rusa, su Producto Interno Bruto (PIB) bajó, pero no solo en ese aspecto afectó, ya que los obligó a hacer un serio replanteamiento sobre su identidad política y étnica, y lo más determinante, en la configuración de las relaciones entre ambos; a partir de ahí, aquello fue un duro revés geopolítico: “Las consecuencias fueron la pérdida de una economía industrial y agrícola potencialmente rica y de más de cincuenta millones de personas cercanas a la etnia y la religión rusa, que convertía a Rusia en un verdadero poder imperial.

Rusia con territorio ucraniano era un poder indudablemente temible, con alcances continentales envidiables, empezando porque tenía una posición dominante en el mar Negro, especialmente por la ciudad ucraniana Odesa, que era la puerta principal de Rusia para el acceso comercial con el Mediterráneo y muchos otros puntos de enclave económico; además, era el punto de partida para la proyección del poder naval hacia ese punto” (Rativa & Socha, 2016).

Para agravar la mala relación, desde su constitución como república independiente, Ucrania ha venido dificultando a Rusia el uso de su base naval estratégica, ya que también, y de forma repentina, aprovechó esa coyuntura para imponer su autoridad sobre las tropas soviéticas estacionadas en su territorio, debilitando a Rusia en la parte militar, el que mantenía un cierto precario equilibrio militar en Europa central; así, hacia mediados de la década de los noventa del siglo XX, Rusia contaba con una diminuta franja en el litoral del mar Negro, y un litigio sin resolver sobre derechos de arrendamiento de suelo para los restos de la flota soviética en Crimea, a lo que se suman las maniobras conjuntas de OTAN y Ucrania.

Antes de concluir este acápite, es preciso señalar, que la OTAN defiende principalmente intereses de Estados Unidos, líder hegemónico y adversario soviético desde los albores del comunismo; por tanto, todas estas acciones permiten evidenciar que esta potencia militar buscaba el debilitamiento

de Rusia mediante el ingreso a la OTAN de los países de su esfera geográfica. En ese fin se explicaría, pues, la disposición mostrada por las autoridades estadounidenses desde 1994 de priorizar las relaciones bilaterales EE.UU.-Ucrania, política que Rusia consideró en contra de sus intereses, ya que ellos contaban con mantener al vecino del Norte, si no anexionado, por lo menos bajo su influencia: “Pero a pesar que la situación rusa no estaba bien, había aún una ficha que jugar; Rusia había preservado 28 bases militares en el territorio de los Estados recientemente independizados, al dibujar una línea en un mapa para unir sus bases en diferentes puntos, que correspondería a los límites exteriores de la exUnión Soviética, incluyendo a Crimea, aquella zona que después de unos años equivaldrá a conflictos entre Ucrania y Rusia” (Sánchez, 2016).

Las bases, según la planificación rusa debían permanecer allí *sine die*, pero la progresiva pérdida de influencia no estaba en los planes rusos; por ello, en 1995 Yeltsin lleva a cabo uno de los intentos de Rusia de modificar este estado de cosas, cuando intentó restaurar su posición de liderazgo intentando instalar un centro educativo en ese espacio para educar a las nuevas generaciones de las naciones ya agrupadas en la Comunidad de Estados Independientes (CEI), a lo que la CEI se negó, ya entonces la oposición de Ucrania fue una de las más rotundas. El presidente; sin embargo, explicó que de ninguna manera debía interpretarse su posición como antirrusa, ya que su negativa se debía, esencialmente, a que se sentía respaldado por Estados Unidos y Alemania en el objetivo de su nación de convertirse en una república independiente, pues los mencionados líderes geopolíticos buscaban la estabilidad de la zona exsoviética y de Europa en su totalidad, intención que pasaba por un estado ucraniano independiente y fortalecido en su identidad étnica y política.

Nadie puede negar, que para mantener su influencia global, Estados Unidos ha hecho una serie de jugadas en el continente euroasiático, y en ese contexto, Ucrania representa el camino hacia

Oriente Medio y hacia Rusia. La OTAN es una de sus herramientas para conseguir ganarle a los rusos la carrera por mayor influencia geopolítica.

2022: La declaración de guerra de Rusia a Ucrania y la reacción internacional.

El jueves 24 de febrero del 2022 Rusia invade Ucrania en una acción repentina que la comunidad internacional no se esperaba, y ello pese a la escalada verbal entre ambas naciones, al ser la acción bélica un recurso extremo que se suponía de uso muy restringido, y sobre todo, defensivo. La nación agresora; sin embargo, estima que se está defendiendo de una coyuntura que actúa en contra de sus intereses económicos y -lo más importante- de su seguridad nacional: “Putin apareció ante las cámaras de la televisión local para informar que había decidido realizar una operación militar que buscaba la ‘desmilitarización y desnazificación de Ucrania’ (un país cuyo presidente es judío y varios de sus familiares murieron en el Holocausto)” (BBC News Mundo, 2022a). Al principio aseguró que la incursión militar se limitaría al Este, pero no fue así, las tropas atacaron rápidamente todo el país.

Entre las reacciones internacionales, la primera fue de Estados Unidos, que ya se sabe que ha estado maniobrando para incluir en la OTAN a los países que estuvieron bajo el dominio ruso y son susceptibles de estar bajo la influencia geoestratégica de Rusia, para de este modo posicionarse como el líder indiscutido en caso de conflicto militar, cuyo presidente Biden señaló que “Putin eligió llevar adelante ‘una guerra premeditada que traerá una pérdida catastrófica de vidas y sufrimiento humano’” (BBC News Mundo, 2022b). El país que ha exportado la guerra casi tanto como el imperio romano en su tiempo se sorprende de que otra potencia hegemónica utilice sus estrategias y métodos para hacerse con el podio del más fuerte.

En cuanto a la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), a una semana de iniciadas las hostilidades rusas contra Ucrania emiten una resolución condenando los hechos y exigiendo a Rusia que retire las tropas del territorio ucraniano y deplorando en los

“términos más enérgicos la agresión, que contraviene la Carta de las Naciones Unidas y condena las violaciones del derecho internacional humanitario y los abusos de las garantías fundamentales” (Naciones Unidas, 2022). Como igualmente deplorable señala “la participación de Bielorrusia en este uso ilícito de la fuerza contra Ucrania y exhorta al país a que cumpla sus obligaciones internacionales” (Naciones Unidas, 2022).

Hay que señalar, que el cambio de la Constitución de Bielorrusia, cuyo régimen de gobierno es una dictadura de corte estalinista desde que el actual mandatario asumiera el poder en 1994, ha sido un golpe bajo para la vecina Ucrania, pues el colaboracionismo que permite actúa en perjuicio de su vecina atacada. Volviendo a las Naciones Unidas y su resolución, esta exige a las partes que cumplan con el derecho humanitario, el mismo que se refiere a no destruir a la población civil ni a sus bienes o aquellos que les son indispensables para la supervivencia de los civiles.

La Unión Europea, por su parte, reaccionó imponiendo un conjunto de sanciones al país agresor, entre las cuales se cuentan “las medidas económicas, cierre del espacio aéreo, la exclusión parcial de Rusia del Código SWIFT para transferencias internacionales, el cierre del espacio aéreo a las compañías rusas o la decisión de financiar mediante el Fondo Europeo de Apoyo a la Paz con dos grandes bloques: la compra de armamento militar y de armamento defensivo pacífico (como chalecos antibalas), aprobado el 28 de febrero” (Adetunii, 2022). Nunca antes la Unión Europea había adoptado sanciones así de drásticas, lo que permite avizorar la dimensión de la seriedad con que la Unión se toma la agresión.

La guerra de Rusia contra Ucrania ha conseguido reacciones que no se esperaban; en primer lugar, Suiza, que desde el siglo XIX se declaró neutral en todas las guerras e hizo de ello una tradición y un ejemplo, seguido por pocos; sin embargo, esta coyuntura bélica ha conseguido lo que parecía imposible, que la nación alpina abandonase su vieja tradición y se pronuncie en contra de Rusia

“al anunciar que adoptaría las sanciones tomadas por la Unión Europea contra rusos que participen en la guerra de Ucrania y congelar sus cuentas bancarias” (BBC News Mundo, 2022). Por si fuera poco, países tradicionalmente pacifistas como Suecia y Alemania también han modificado posturas, este último sorprendió cuando anunció que se destinaban “US\$113 mil millones adicionales para financiar al ejército alemán” (BBC News Mundo, 2022c). Algo inaudito en un país que después de la Segunda Guerra Mundial adoptó el pacifismo como una política y una filosofía, y dado su historial (iniciaron las dos guerras mundiales, y las perdieron), no es de extrañar las reacciones de perplejidad y desaprobación, incluso cuando señaló que enviaría armas a Ucrania sin la intermediación de la OTAN. No sorprendió menos la medio sueca Suiza, que es pacifista y neutral a la vez, ya que se destacaba anunciando que transferiría armamento antitanques directamente a Ucrania: “Las regulaciones suecas impedían hasta entonces la exportación de armas a países en guerra, excepto en circunstancias excepcionales. Alemania aplicaba una política similar”. Estos cambios que se llevan a cabo en el contexto de la invasión rusa a Ucrania, nadie puede predecir hoy por hoy qué significarán en el futuro lejano. Tiempo al tiempo.

Ya en América Latina, sostiene Fajardo en un reportaje para la BBC Mundo que: “Las variadas reacciones de los países latinoamericanos frente al conflicto en Ucrania reflejan las profundas fisuras ideológicas que atraviesan a la región” (Fajardo, 2022). Más bien, hay que decir, que depende de los intereses económicos que tenga Rusia en cada nación, y aquí se hace evidente que el conjunto de países que conforman esta región, primero, están lejos de ser homogéneos; segundo, ya no obedecen ciegamente a Estados Unidos como en el pasado, ese severo control ha sido fisurado por la ampliación de las relaciones comerciales hacia otros Estados; Cuba y Venezuela, por supuesto, son incondicionales a Rusia, en el caso particular del segundo país, porque depende en un porcentaje importante del imperio ruso en lo económico, y en lo estratégico militar casi del todo. En el tiempo de la globalización, una nación hegemónica no necesita estar al

lado para influenciar a sus vecinos, y Estados Unidos ha descuidado mucho su relación con los países latinoamericanos; por último, ni que decir, que la Alianza Atlántica condenó la invasión en términos muy enérgicos.

El reordenamiento geoestratégico mundial a propósito de la agresión rusa a Ucrania.

La geografía no ha sido en ninguna época una cuestión acabada; de hecho, se ha caracterizado por ser siempre cambiante, y los acontecimientos como las guerras la modifican más rápidamente que otros eventos.

Al iniciar el siglo XX, Europa no pudo mantener las fronteras configuradas en el Tratado de París y el Congreso de Viena: “Las revoluciones liberales de 1820, 1830 y 1848 habían visto nacer a Bélgica o Grecia y habían aupado a los nacionalismos, que debilitaron al Imperio otomano y al austrohúngaro, y dieron lugar a las unificaciones alemana e italiana. Así, los cambios fronterizos en Europa tras la Primera Guerra Mundial parecían inevitables, y el mapa político de 1914 estaba destinado a cambiar” (Gil, 2020).

La Primera Guerra Mundial reconfiguró la geopolítica sumando a las potencias de entonces, Francia, Reino Unido y Rusia, el imperio austrohúngaro y el otomano, entre otros, a Alemania y la recientemente reunificado Italia. Así, las alianzas de la Primera Guerra Mundial dieron como único perdedor a Alemania, que había iniciado la guerra; sin embargo, el Tratado de Versalles no complació ni a ganadores ni a perdedores, los primeros creían que era poco y los segundos lo veían como una humillación, y he ahí el germen para la siguiente guerra mundial.

Los imperios otomano y austrohúngaro fueron desmantelados, el de los zares se vio envuelto en una guerra civil que aprovecharon los bolcheviques para hacerse con el poder (en 1917) y emprender con ese experimento socioeconómico que duró hasta principios de 1990. Nacieron nuevos estados y frágiles democracias con poblaciones heterogéneas y algunos países se hicieron más fuertes. “Francia recuperó Alsacia y Lorena; Italia se hizo con el Tirol meridional; Polonia

renació a costa del territorio austriaco, ruso y alemán; Rumanía se anexionó buena parte del territorio húngaro; Serbia se hizo con una parte importante del territorio austrohúngaro, además de Montenegro, lo que daría lugar a Yugoslavia; Grecia tomó el sur de Bulgaria y partes de Turquía, aunque después perdió estas últimas; Austria y Hungría se separaron; nació Checoslovaquia, además de una serie de breves repúblicas en el antiguo imperio ruso que acabarían siendo anexionadas por la URSS, con la excepción de Finlandia” (Gil, 2020).

Luego devino la Segunda Guerra Mundial con Hitler pretendiendo mandar en todo el planeta bajo las directrices de un orden mundial diseñado a su imagen y semejanza. Aunque Alemania volvió a iniciar la guerra, los bandos ya no eran los mismos de la primera, pues Italia y Francia estuvieron brevemente del lado del nazismo-fascismo (que al final son uno y la misma cosa, más allá de diferencias cosméticas). Europa quedó, otra vez, partida en dos, sin que haya una sola explicación para ello: “Occidente fue lugar de hegemonía americana y Oriente de hegemonía soviética, pero fueron, tanto como eso, la prolongación de dos de los modelos de integración social que se popularizaron en los veinte y treinta: el de la democracia social -democracia + Estado de bienestar- y el comunismo soviético (hasta que en el año 1989 ambos se extinguieron, ambos; pues, como dice Jacques Julliard, el uno vivía con el otro y el otro no puede sobrevivir al uno). Nunca antes una relación entre una potencia y su área de influencia se había establecido en términos ideológicos como se produjo tras la Segunda Guerra” (Ugarte, 1996), y en esa línea de análisis, puede decirse, que el componente ideológico de la posterior Guerra Fría solo puede compararse con el que hubo entre el mundo cristiano y el musulmán en los albores de la Edad Moderna.

La geopolítica cambiaría también con la caída del Muro de Berlín y la desintegración de la URSS, seguidas por la descomposición de la Federación Yugoslava, la separación de Checoslovaquia y la reunificación alemana: “Con la desagregación de la Unión Soviética en diciembre de 1991, que

dio paso a quince Estados, la hegemonía de los Estados Unidos sobre el sistema internacional era una realidad incontrovertible. Si bien, cuatro de ellos conservaban armamento nuclear de carácter estratégico, ninguno de ellos se planteaba como un enemigo de los norteamericanos. La situación económica y social por la que atravesaban los convirtió en clientes de los Estados Unidos y de los países de Europa occidental” (Herrera, 2005). Yugoslavia, por su parte, se desgajó en ocho estados: “Eslovenia, Croacia, Bosnia y Herzegovina, Serbia, Kosovo, Montenegro y Macedonia” (Ferreira, 2015). No viven pacíficamente uno al lado del otro, aún hay muchos odios étnicos y religiosos en disputa. Ya en el siglo XX, en el año 2014, las fronteras de Rusia y Ucrania se movieron, el primero se anexionó la península de Crimea guerra mediante. Otra región de Ucrania, el Donbás, quiere escindirse y convertirse en república independiente.

En la actualidad, Rusia vuelve a estar enfrentada a Estados Unidos como en los tiempos de la Guerra Fría, pues como señala López-Aranda: “La idea de competencia geopolítica entre grandes potencias como principio rector de las relaciones internacionales está ganando terreno frente a la de la cooperación basada en normas entre Estados interdependientes. La actual agresión de Rusia contra la soberanía y la integridad territorial de Ucrania parece confirmar esta tendencia, dando la razón a quienes creen que el derecho internacional va camino de ser sustituido por la ley del más fuerte” (López-Aranda, 2022).

El derecho de gentes y el derecho internacional humanitario, así como todas las importantes teorizaciones de derechos humanos pueden volverse obsoletos de repente, ante un cambio de escenario que rediseña reordenamiento estratégico mundial, que cambia a ojos vistas. Las alianzas, incluso algunas inesperadas, como la de Rusia y China, contienen mensajes abiertamente antioccidentales, o más exactamente, antihegemonía estadounidense. El tablero de ajedrez mundial vuelve a una vieja jugada.

Materiales y métodos.

La agresión de Rusia en contra de Ucrania (que ya ocurrió en 2014) es un tema para cuyo análisis se requiere de una indagación histórica, por ello se han utilizado los submétodos cronológico y geográfico, para sustentar adecuadamente un contexto sociopolítico, económico y cultural de un conflicto entre naciones que se remonta a aproximadamente un milenio de años en el tiempo.

Esta investigación es eminentemente bibliográfica, por lo que los materiales utilizados para llevarla a cabo son recursos bibliográficos producto de una indagación histórica, teórica y de información, pues las agresiones de Rusia a Ucrania que han ocurrido en el siglo XXI han sido de interés del periodismo de guerra y del de investigación. El enfoque ha sido de análisis histórico, se han utilizado fuentes diversas obtenidas de libros, revistas físicas, revistas indexadas, sitios web institucionales y prensa impresa y en línea.

Resultados.

Rusia y Ucrania comparten origen, ya que ambos formaron parte de la Rus de Kiev, un reino fundado por una confederación de tribus eslavas que buscaban un sitio para asentarse y prosperar. Este llegaba desde el mar Negro hasta la actual Finlandia. Existen muchos restos arqueológicos que permiten asegurar que fue una fundación vikinga, aunque por supuesto hay algunas otras tribus involucradas. Este reino fue destruido por los mongoles siglos después, lo que tuvo como consecuencia la disgregación del mismo en diversas partes, que con el tiempo se convirtieron en feudos, algunos de los cuales llegarían a ser países.

Rusia pronto se separó de esta confederación y se convirtió en un imperio que sojuzgó a muchas naciones vecinas, entonces solo feudos o poblados, anexionándose las cuando la ocasión lo ameritaba, tal es el caso de Ucrania. En su origen, el imperio ruso ya era un país muy grande, con capacidad militar para invadir y apoderarse de cuantos pueblos quisiera.

Ucrania ha sido anexionada no solo por Rusia, pues ha estado bajo la dominación de Polonia, Bielorrusia y otros países durante algunos periodos, pero bajo el yugo ruso la mayor parte de su existencia desde la desintegración de la Rus de Kiev por causa de los asaltos de las hordas de Gengis Khan.

Durante la guerra civil que precedió a la implantación del socialismo en Rusia, Ucrania intentó independizarse y emprender la vía democrática de gobierno; sin embargo, al inicio de la Revolución rusa, los bolcheviques la incluyeron en el proyecto socialista, pasando a ser uno de los territorios soviéticos.

En el invierno de 1932-1933, en el contexto de la colectivización de la producción agrícola emprendida por el gobierno estalinista, el gobernante provocó una larga y en extremo cruel hambruna en territorio ucraniano que diezmó a la población hasta en siete millones de personas según algunas fuentes. Las más conservadoras hablan de dos millones.

En 1954 Nikita Jrushchov, inmediato sucesor de Stalin cede a Ucrania el territorio de la península de Crimea; sin embargo, aquella acción contradecía a la misma constitución soviética, pues en derecho público ningún funcionario, incluso el todopoderoso presidente del Soviet Supremo de la URSS puede arrogarse funciones no contempladas en la norma.

La península de Crimea es un territorio fundamental para los rusos por su significado histórico, ya que fue la base naval desde la que desarrollaron la estrategia que les permitió vencer al Imperio Otomano en el siglo XVIII.

A partir de la desintegración de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), aquel experimento marxista, Ucrania aprovechó la coyuntura histórica, tan proclive a la independencia y a la democracia, para iniciar una vida republicana.

La península de Crimea, que Rusia reclama desde la misma desintegración de la URSS, es el principal elemento de disputa entre estos vecinos, aunque no el único. Los argumentos de Rusia

para reclamar la península se basan en el más estricto derecho, ya que la cesión hecha por Jrushchov en 1954 fue un acto ilegítimo, solo posible por el omnímodo poder que el gobernante de la Unión Soviética concentraba en sus manos.

Pese a las legítimas exigencias rusas de devolución de Crimea, Ucrania se niega a devolverla a Rusia sin justificarlo.

En el año 2014, Rusia le declara la guerra a Ucrania y se anexiona Crimea en una guerra relativamente rápida.

La Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) ha admitido como nuevos miembros a varios países de la zona de influencia geográfica rusa, Ucrania está próxima a ingresar.

Rusia considera que la expansión de la OTAN constituye un serio peligro para su seguridad nacional.

Discusión de los resultados.

En su origen, Rusia y Ucrania pertenecieron a la misma confederación de tribus que fundó el Rus de Kiev. Existen muchos restos arqueológicos que permiten asegurar que fue una fundación vikinga, aunque por supuesto hay algunas otras tribus involucradas. Este reino fue destruido por los mongoles siglos después, lo que tuvo como consecuencia la disgregación del mismo en diversas partes, que con el tiempo se convirtieron en feudos, algunos de los cuales llegarían a ser países.

La evolución de Rusia en un pronto imperio y su irrefrenable propensión a invadir y anexionarse territorios vecinos tiene que ver con la forma en que se construían los imperios en aquella época.

Los griegos y los romanos hicieron lo mismo varios siglos y hasta milenios antes, pues la guerra y el comercio era la forma de relacionarse de los pueblos que después se convertirían en ciudades, y posteriormente, en estados; coloquialmente, se diría que declarar la guerra y sojuzgar a otros pueblos era la forma de hacerse respetar.

Ucrania, que se quedó con la capital original, Kiev, fue en esos inicios un pueblo sin aspiraciones de dominación, eran campesinos dedicados a las labores agrícolas y no guerreros sedientos de conquistas, pero eso en esa época y hasta hace poco más de un siglo implicaba que se estaba a merced de todos aquellos pueblos que veían en la capacidad militar una forma de vida y de progreso. Ucrania pagó su pacifismo siendo avasallada por varios países vecinos, Rusia durante la mayor parte del tiempo.

Ucrania siempre ha querido hacer una vida independiente; por ello, las élites ucranianas intentaron la independencia; pero aquello era apenas una utopía, por la fuerza arrolladora de las ideas y el modelo de gobernanza diseñado por los bolcheviques; es decir, por el inicio de la URSS. Su anexión a los rusos les pareció natural, ya que consideran a Ucrania uno de sus territorios históricos, igual que Crimea.

El Holodomor es el genocidio más cruel del que se tenga noticia, y ello sin ignorar que todos lo son, pero ese castigo que Stalin le impuso a la población ucraniana por la negativa de sus campesinos a la colectivización de la producción agrícola; es decir, a dejar que el Gobierno decidiera sobre el uso de la producción de sus granjas fue tan cruento ese episodio que los relatos que se pasaban de generación en generación han mantenido viva la llama del resentimiento y el desprecio que los ucranianos en general sienten por los rusos es hasta la actualidad intenso. La prohibición de mencionarlo siquiera, que emitió Stalin, y la negativa de los gobernantes soviéticos y los rusos a partir de la muerte del primero, tampoco contribuyeron a resanar las heridas. Hoy en día, Rusia no se pronuncia al respecto nada más que para negarlo.

La cesión de Crimea que hiciera Jrushchov en 1954 resulta a todas luces incomprensible si se le analiza desde el derecho, ya que la URSS tenía una Constitución que no contemplaba eso como posibilidad. La casi unanimidad los autores considera que el gobernante pretendía con aquella

concesión hacer un gesto a favor de Ucrania por los horrores del Holodomor; además, al pertenecer Ucrania a la Unión Soviética, no se desprendían los rusos de nada.

La península de Crimea era rusa desde el siglo XVIII, cuando se la anexionaron durante el reinado de Catalina la Grande, aquella reina engrandeció a Rusia de muchas maneras, de ahí viene su vínculo, debido a que fue la base naval que les permitió vencer al Imperio Otomano. En la actualidad, sin Crimea Rusia queda expuesta a una invasión, porque no puede defenderse navalmente y porque se queda sin el corredor al Mediterráneo que le facilita un tipo de comercio.

La andadura de Ucrania como país independiente a partir del final de la URSS nunca ha sido del agrado de Rusia, pese a ello, en un principio intentaron atraerse la simpatía y la amistad de sus vecinos mediante cooperación, pero los ucranianos no han sido desde entonces receptivos a los intentos rusos. El Holodomor y toda la historia antigua de vasallaje y dominación tienen mucho que ver en esa actitud. Además, es preciso señalar, que Rusia no es un amigo fácil, pues su poderío y sus formas hacen a los demás desconfiar.

Nadie puede negar en este tiempo que la cesión de Crimea fue una acción ilegítima de un gobernante muy poderoso en el contexto de un gobierno absoluto como era el de la URSS, cuando un solo hombre concentraba en su figura todo el poder. Crimea es indudablemente rusa.

La negativa de Ucrania a devolver Crimea no tiene asidero jurídico ni histórico, y ha contribuido a enturbiar la relación con un poderoso vecino. Hasta la llegada de Putin, cuando después de la Segunda Guerra Mundial se desarrolló en gran medida el derecho internacional humanitario y se dieron las más importantes teorizaciones sobre derechos humanos, además de elaborarse los instrumentos de positivización de esos derechos existía una especie de consenso internacional respetuoso del derecho y antigüerra; no obstante, este gobernante ha demostrado su intención de recuperar para Rusia el papel de potencia hegemónica que los anteriores presidentes rusos no, y

esto debe leerse en su clave correcta: al finalizar el periodo marxista, Rusia apenas podía sobrevivir, pero ya no se encuentra en esa situación. El oso helado vuelve a rugir.

La OTAN es un organismo creado para la defensa de las fronteras de unos pocos estados, ninguno de ellos Rusia; por tanto, es lógico que este país se inquiete ante la extensión de la Alianza Atlántica hasta sus mismas puertas. El mundo, una vez más, vuelve a verse envuelto en una lucha a muerte por la influencia geoestratégica.

El reordenamiento geoestratégico que configura la inclusión de vecinos de Rusia en la OTAN constituye un peligro para la estabilidad rusa y para sus pretensiones de influencia en sus vecinos; todo ello obra en favor de la otra potencia hegemónica, Estados Unidos.

CONCLUSIONES.

El trabajo plantea como conclusiones que:

1. El origen común de Rusia y Ucrania los vincula históricamente desde hace casi un siglo, pero esa vinculación no beneficia a Ucrania, debido a que durante la mayor parte de su existencia ha estado bajo dominación rusa.
2. Desde la confederación de tribus eslavas que formaron el Rus de Kiev, Rusia evolucionó hasta convertirse en un imperio; Ucrania no por ello fue un pueblo sometido a la dominación de Rusia y de otros vecinos más guerreros en su tiempo.
3. Ucrania intentó ser independiente al inicio de la guerra civil rusa que depuso al zarismo, pero la Revolución bolchevique no lo permitió.
4. En el invierno de 1932-1933 Stalin cometió un genocidio contra los ucranianos, del cual prohibió hablar, lo que impidió a los ucranianos hacer el duelo y obtener algún nivel de justicia. Rusia sigue negándose a reconocer los hechos.

5. La cesión de Crimea que hiciera Jrushchov en 1954 fue una acción ilegítima e ilegal, ya que el presidente de la Unión Soviética no contaba con las competencias para ello según la Constitución; sin embargo, se asegura que fue una especie de compensación por el Holodomor.
6. La península de Crimea es una propiedad rusa desde el siglo XVIII, motivo por el que los rusos exigen la devolución desde poco después de disuelta la URSS.
7. Ucrania se había negado a devolver Crimea sin esgrimir razonamientos jurídicos o históricos más allá de esa cesión sin sustento de 1954.
8. A Rusia no le conviene que Ucrania sea una nación independiente y próspera, ya que la considera su patio trasero.
9. La posibilidad de que Ucrania ingrese en la OTAN pone nervioso al gobierno ruso ante la posibilidad de que se alíe con sus enemigos naturales para atacar territorio ruso. Rusia se opone a ello en nombre de su seguridad nacional
10. Rusia no pertenece a la OTAN, esta es una institución manejada por Estados Unidos, que ha estado maniobrando para que esta se extienda hasta los países de Europa del Este, zona de influencia rusa, en particular Ucrania, el vecino de al lado.
11. El reordenamiento geoestratégico que configura la inclusión de vecinos de Rusia en la OTAN constituye un peligro para la estabilidad rusa y para sus pretensiones de influencia en sus vecinos; todo ello obra en favor de la otra potencia hegemónica, Estados Unidos.
12. La negativa de Ucrania a devolver Crimea y la ampliación de la OTAN son las razones de Rusia para empezar una guerra que está teniendo, como siempre.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

1. Adetunji, J. (2022). La inesperada respuesta de la UE a la agresión de Rusia sobre Ucrania. (sitio web). *The Conversation*. Obtenido de: <https://theconversation.com/la-inesperada-respuesta-de-la-ue-a-la-agresion-de-rusia-sobre-ucrania-178271>
2. Añorve, D. (2016). La anexión de Crimea: una respuesta a la crisis demográfica de la Federación Rusa. *Foro internacional*, 56(3), 578-613. <http://www.scielo.org.mx/pdf/fi/v56n3/0185-013X-fi-56-03-00578.pdf>
3. BBC News Mundo. (2022a). Cómo nació Ucrania y cuáles han sido sus vínculos históricos con Rusia. (sitio web). *BBC News Mundo*. Obtenido de: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-60494983>
4. BBC News Mundo. (2022b). Rusia invade Ucrania. "Provocará una pérdida catastrófica de vidas": las reacciones de los líderes mundiales. (sitio web). *BBC News Mundo* Obtenido de: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-60488318>
5. BBC News Mundo. (2022c). Rusia y Ucrania: el fin del pacifismo de Alemania y de la neutralidad de Suecia y Suiza por la invasión rusa. (sitio web). *BBC News Mundo* Obtenido de: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-60557102>
6. Brzozowska, Z. A. (2019). Iván Quesada Mayo, Los varegos y la Rus de Kiev en el siglo X [The Varagians and the Kievan Rus' in the 10th Century], Ediciones de La Ergástula, Madrid 2018 [= Sine qua non. Monografías de Historia Medieval, 3], pp. 150. *Studia Ceranea. Journal of the Waldemar Ceran Research Centre for the History and Culture of the Mediterranean Area and South-East Europe*, 1(9), 734-736.
7. Cue, A. (2014). La federación rusa y la crisis de Ucrania. *El Cotidiano*, 1(186), 89-96. <https://www.redalyc.org/pdf/325/32531428005.pdf>

8. Fajardo, L. (2022). Rusia y Ucrania: cómo se han posicionado los países de América Latina ante la invasión rusa. (sitio web). *BBC Mundo*. Obtenido de: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-60651863>
9. Faraldo, J. (2022). El conflicto entre Rusia y Ucrania explicado con sencillez. (sitio web). *Gestión Digital*. Obtenido de: <https://www.revistagestion.ec/analisis-investigacion/el-conflicto-entre-rusia-y-ucrania-explicado-con-sencillez>
10. Fernández, R. (2022). Ranking de los países de la Unión Europea por su superficie en kilómetros cuadrados. (sitio web) *Statista*. Obtenido de: <https://es.statista.com/estadisticas/539263/superficie-de-los-paises-de-la-union-europea/>
11. Ferreira, M. (2015). Crisis y conflictos en el siglo XX. Yugoslavia: Desde la idea nacional hasta la Guerra de Croacia. *Tiempo y Sociedad*, 1(18), 87-132. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/6357012.pdf>
12. Fraga, C. (2013). Ucrania entre 1932 y 1933. Holodomor, una hambruna en discusión. In XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Argentina: Universidad Nacional de Cuyo. <https://cdsa.aacademica.org/000-010/182.pdf?view>
13. García, F. (2017). La Estructura de Mando de la Alianza Atlántica (NCS). *Cuadernos de estrategia*, 1(191), 51-82. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/6317254.pdf>
14. Gil, A. (2020). Los cambios en las fronteras europeas entre 1914 y 2020. (sitio web). *El Orden Mundial*. Obtenido de: <https://elordenmundial.com/mapas-y-graficos/cambios-fronteras-europeas-1914-2020/>
15. Gómez, R. (2022). ¿Cuánto tiempo perteneció Ucrania a Rusia y cuándo se separaron los dos países? (sitio web). *As.com*. Obtenido de:

https://as.com/diarioas/2022/04/30/actualidad/1651315220_239194.html#:~:text=Ucrania%20form%C3%B3%20parte%20de%20la,la%20disoluci%C3%B3n%20de%20la%20URSS.

16. Gutiérrez, A. (mayo de 2010). La OTAN y su nuevo papel global. *Cuadernos de Marte* 1(0), 107-146.
<https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/cuadernosdemarte/article/download/761/662>
17. Herrera, B. (2005). Desarrollos geopolíticos en el sistema internacional. *Papel Político*, 1(18), 397-416. <https://www.redalyc.org/pdf/777/77720389014.pdf>
18. La Agencia de la Organización de las Naciones Unidas para los Refugiados. (2018). Historia de Ucrania, un país en la frontera de grandes imperios. *La Agencia de la Organización de las Naciones Unidas para los Refugiados*. Obtenido de: https://eacnur.org/blog/historia-de-ucrania-un-pais-en-la-frontera-de-grandes-imperios-tc_alt45664n_o_pstn_o_pst/#:~:text=En%201648%2C%20una%20alianza%20entre,Ruso%20y%20el%20Imperio%20Austroh%C3%BAngaro.
19. Leyva Vázquez, M. Y., Estupiñán Ricardo, J., Coles Gaglay, W. S., & Bajaña Bustamante, L. J. (2021). Investigación científica. Pertinencia en la educación superior del siglo XXI. *Conrado*, 17(82), 130-135.
20. López-Aranda, R. (2022). La Resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas sobre Ucrania y la pugna por el orden internacional. (sitio web). *Real Instituto Elcano*. Obtenido de: <https://www.realinstitutoelcano.org/comentarios/la-resolucion-de-la-asamblea-general-de-las-naciones-unidas-sobre-ucrania-y-la-pugna-por-el-orden-internacional/>
21. Mearsheimer, J. (2014). Why the Ukraine Crisis Is the West's Fault. *Foreign Affairs*, 93(5), 1-12.

22. Naciones Unidas. (2022). La Asamblea General exige a Rusia la retirada inmediata de sus fuerzas militares de Ucrania. *Naciones Unidas*. Obtenido de: <https://news.un.org/es/story/2022/03/1504852>
23. Oficina de Información Diplomática. (2021). Ficha País. Ucrania. (sitio web). *Oficina de Información Diplomática*. Obtenido de: http://www.exteriores.gob.es/documents/fichaspais/ucrania_ficha%20pais.pdf
24. Pérez, G. (2019). Disputas geopolíticas en la periferia rusa: Ucrania en el centro de la escena. En U. N.-1. 2018), Actas. I Jornadas Platenses de Geografía (págs. 2-19). La Plata: Universidad Nacional de La Plata. <https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=eventos&d=Jev11304>
25. Rativa, J., & Socha, M. (2016). Ucrania, una ficha de manipulación geopolítica. *MUUCH' XÍMBAL* 1(2), 149-163. <https://revistasinvestigacion.lasalle.mx/index.php/muxi/article/view/1174/1171>
26. Sánchez, C. (2021). Holodomor de Ucrania. El genocidio ordenado por Stalin. Obtenido de El Correo: <https://www.elcorreo.com/xlsemanal/historia/stalin-matanza-genocidio-ninos-hambre-holodomor-de-ucrania.html?ref=https%3A%2F%2Fwww.google.com%2F>
27. Sánchez, J. (1996). La caída de la URSS y la difícil recomposición del espacio ex-soviético. *Papeles de Geografía*, 1(24), 283-298. <https://revistas.um.es/geografia/article/view/45231/43281>
28. Sánchez, P. (2016). El Conflicto en Ucrania: El primer enfrentamiento serio de Rusia con Occidente durante la etapa de la Post-Guerra Fría. *Foro internacional*, 56(2), 470-502. <http://www.scielo.org.mx/pdf/fi/v56n2/0185-013X-fi-56-02-00470.pdf>

29. Ugarte, J. (1996). La segunda gran guerra: entre la geopolítica y el enfrentamiento civil. *Historia Contemporánea*, 1(15), 343-367.
<https://ojs.ehu.eus/index.php/HC/article/download/19886/17744>
30. Varela, A., & Ro, S. (2020). Geografía y clima del Ecuador. (sitio web). *Bioweb*. Obtenido de: <https://bioweb.bio/fungiweb/GeografiaClima/>
31. Villanueva, C. (2014). Ucrania, en la encrucijada entre Occidente y Rusia: un acercamiento del soft al smart power. México: *Análisis Plural*.
<https://rei.iteso.mx/bitstream/handle/11117/1465/Ucrania,+en+la+encrucijada+entre+Occidente+y+Rusia+un+acercamiento+del+soft+al+smart+power.pdf?sequence=2>

DATOS DE LOS AUTORES.

1. **Salomón Alejandro Montecé Giler.** Magíster en Derecho Mención en Derecho Penal y Criminología. Docente de la Universidad Regional Autónoma de Los Andes, Ecuador. E-mail: us.salomonmontece@uniandes.edu.ec
2. **Luis Alfredo Montecé Giler.** Estudiante de la Universidad Regional Autónoma de Los Andes, Ecuador. E-mail: dq.luisamg53@uniandes.edu.ec
3. **Natividad de Lourdes Alcívar López.** Magíster en Derecho Mención en Derecho Penal y Criminología. Graduada de la Universidad Regional Autónoma de Los Andes, Ecuador. E-mail: ntty123@outlook.com

RECIBIDO: 10 de mayo del 2022.

APROBADO: 18 de junio del 2022.